

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Los zulos

Los medios de comunicación han difundido recientemente la buena noticia del descubrimiento y ocupación de un zulo, donde los terroristas guardaban celosamente sus tesoros: armas, explosivos, y dinero para comprar más armas y más explosivos. Además guardaban grabaciones informáticas, en las cuales suponemos que estarían registrados sus propósitos de acción, y los datos necesarios para el correcto funcionamiento de su máquina de la muerte.

Las autoridades españolas han declarado que esta operación, realizada en suelo francés, ha constituido un señalado éxito policial, que constituye un duro golpe para la organización terrorista.

Después de leer y escuchar estas noticias, me he quedado pensando acerca de la significación última de la incautación de los alijos hallados en los zulos. En estos lugares discretos es donde los terroristas guardan todos los elementos que necesitan para causar la muerte.

La civilización actual ha hecho que esos elementos posean un contenido tecnológico muy elevado, tanto si se trata de armas, como de explosivos o de artilugios complementarios.

Mis cavilaciones me han llevado después a pensar en otros medios más rudimentarios, que los hombres han usado para causar la muerte, como son, por ejemplo, los palos, las cuerdas, las piedras y, ¿por qué no?, las propias quijadas de los asnos.

Caín, que fue el más antiguo precursor de los terroristas actuales, sacó de su zulo una quijada de asno, y con ella mató a su hermano

Abel, quien así se convirtió en la primera víctima inocente abatida por el odio.

Cuando se quiere matar, no es necesario utilizar elementos de alta tecnología. Cualquier medio rudimentario vale, si se tiene en el corazón la suficiente cantidad de odio.

Para matar a un hermano basta con tener un corazón lleno de odio y una quijada de asno en la mano.

Las quijadas de asno, las piedras, los palos, las pistolas, las metralletas y los explosivos, se pueden guardar en cualquier agujero, llamado zulo. El odio, sin embargo, solamente se puede guardar en el corazón, que es otra clase de zulo.

Cuando se quiere matar, no es necesario utilizar elementos de alta tecnología

Si difícil es vaciar un zulo de las armas que contiene, más difícil aún es vaciar de odio el otro zulo, el del corazón.

Las fuerzas policiales, con más o menos dificultad, pueden reventar un zulo para vaciarlo de armas, pero ¿quién puede penetrar en el corazón humano para vaciarlo de odio?

¿Para qué sirven las armas, si no hay odio que motive su utilización?. Cuando hay odio, cualquier arma vale, y cuando no lo hay, todas ellas resultan innecesarias.

El odio es un veneno

que guarda el hombre dentro de sí, con celo y con tozudez, a veces hasta el momento mismo de su muerte. El odio es un veneno que entra con suavidad, en edades jóvenes, disfrazado de justicia y, una vez dentro, hace enloquecer hasta el paroxismo. Ese veneno es un arpón que entra fácilmente, y después queda anclado, sin poder salir.

Los ideólogos llenan de odio esos cálidos zulos, que son los corazones juveniles, para inducirlos a ejercer el terrorismo. El posterior llenado con armas de los otros zulos, es ya una simple consecuencia.

¿Por qué curiosas e inexplicables razones, los partidos políticos -aisladamente o agrupados en pactos- condenan enérgicamente el terrorismo, y no condenan a sus inductores intelectuales?

La policía persigue a quienes llenan los zulos de armas, pero ¿por qué no persigue igualmente a quienes llenan los corazones de odio?. ¿Es que no sabe quiénes son?. ¿Es que no tiene respaldo legal para hacerlo?

¿Por qué se persigue a quienes trafican con armas, y no se persigue a quienes trafican con odio?. ¿Es que no constituyen las armas y el odio la mezcla binaria básica que genera toda violencia?

¿Qué leyes piensan llevar nuestros legisladores al Boletín Oficial del Estado para castigar a quienes cometen la brutalidad de cargar los corazones juveniles con munición de odio?

Mientras en el Parlamento y fuera de él, se hable de lucha antiterrorista, pensando solamente en vaciar los zulos de armas, y en llenar

las cárceles con quienes las empuñan, dejando en la sombra a los inductores, tendremos licencia para pensar que, o no se ha comprendido cabalmente el fenómeno del terrorismo, o se está dispuesto a convivir con él.

El terrorismo intelectual es la madre de todos los terrorismos, porque, para lograr sus particulares objetivos, no duda en fabricar víctimas en cadena.

Paradójicamente, la primera generación de víctimas del terrorismo intelectual, está constituida por los propios terroristas ejecutores, los cuales quedan, de por vida, ferozmente atrapados en el vértice del terror.

La segunda generación de víctimas, la que pone la sangre, está constituida por aquellas inocentes personas que, día tras día, caen abatidas por el furor de los Caines enloquecidos por el odio.

Esperemos que algún día no lejano podamos ver todos, absolutamente todos, los zulos vacíos, las gentes dedicadas simplemente a vivir en paz, y los articulistas ocupados en escribir acerca de cosas más alegres.

Profesor de Investigación